

La tarde se desvanecía sobre el convento de San Agustín, a las afueras de Erfurt, y las campanas de la pequeña torre, que indican el final del oficio, resonaron en todo el extremo septentrional del bosque de Turingia, en Sajonia.

El convento contaba con más de doscientos años y estaba construido en piedra grisácea mezclada con escombro y barro. Sus altos muros, plagados de musgo trepando en vertical, rodeaban por completo el recinto. En su interior, la principal ocupación de los monjes resultaba ser la fermentación del lúpulo: San Agustín era conocido en el arzobispado por elaborar una sabrosa cerveza fermentada.

Tras la última campanada, los monjes salieron al pequeño patio arbolado precedente a la ermita.

El viento otoñal, que afeitaba con paciencia las ramas de los árboles, los estremeció, provocando tiritones.

En la entrada, los hermanos Andrius y Müller, se felicitaban mutuamente por su recién estrenado sacerdocio.

—Vamos a celebrarlo con unas pintas de cerveza a la posada de Erfurt —propuso Müller.

—¡Sí, hermano! Vamos a celebrarlo —aceptó Andrius.

Ambos contaban con veinte años y llevaban varios ingresados como novicios. En los albores de su entrada en el convento, Müller y Andrius, hubieron de probar sus espíritus para comprobar que eran de Dios, y perseverar llamando y soportando con paciencia los cinco días que duró la dilación de su ingreso. Puesto que persistieron en su petición, se les permitió entrar y hospedarse en la residencia de novicios, donde fueron ataviados con la sotana blanca para iniciados. Una vez integrados en la comunidad, se encomendaron a la disciplina monástica y profesaron austeridades y abstinencias voluntarias, aunque esto último no era del todo cierto: las austeridades y las abstinencias eran obligatorias, pero se maquillaran voluntarias como acto de fe.

En la recién concluida ceremonia, se les había sustituido la sotana blanca por la marrón, distintivo de monjes menores.

Andrius era alto y en su coronilla lucía tonsura circular de cabellos afeitados.

Müller era un poco más bajo, bastante delgado y calvicie avanzada.

Ambos se alegraban sabiendo que al fin abandonarían aquel lugar. Siempre pensaron que dos años de total ascetismo era demasiado para ellos.

De la pequeña ermita salió sonriente el abate Rudolf. Con semblante bonachón, era el monje más viejo y con más devoción del lugar. Siempre se prestaba para solucionar cualquier asunto sin queja alguna.

—¡Abate Rudolf! —requirió Andrius, alzando el brazo.

—Enhorabuena —les felicitó.

—Vamos a celebrarlo en la posada de Erfurt —informó Müller.

—Acompañadnos con unas pintas —propuso Andrius.

—Os lo agradezco, pero he de rechazar tan atractiva propuesta. El prelado Weissmann me ha citado en la sala capitular para discutir algunos asuntos de la comunidad. Marchad sin mí, pero no olviden no beber hasta la saciedad,

sino moderadamente, porque el vino hace apostatar hasta a los sabios.

—La Regla de San Benito habla de la moderación respecto al vino, pero no hace mención alguna al zumo de cebada —matizó Müller, previa excusa de inminente infracción.

—Podéis retorcer las cosas cuanto deseéis hermano Müller, pero en todo caso habréis de tener cuidado de no llegar a la saciedad o a la embriaguez, más propia de la gula y la avaricia.

El abate Rudolf se giró y entró en la ermita. Con su típico andar sosegado, discurrió por el pasillo central, y, por la sacristía, salió al claustro, decorado con espigadas columnas y ribeteados arcos de ojiva que rodeaba un gran vergel.

A mitad de camino, accedió a la sala capitular. Resultaba alargada y lo suficientemente grande como para dar cabida a todos los integrantes del convento. En su interior, decenas de candelabros con juncos prendidos ardían como las velas. En el lado izquierdo, vistiendo la pared principal, colgaba a media altura un retrato del Papa Alejandro VI.

—¡Abate Rudolf! —pronunció el prelado Weissmann, emanando nervioso. El prelado era el superior del convento de San Agustín. Portaba una ancha gonela color verde vivo, decorada con estola blanca y cruces bordadas en lino negro. Con la anchura de la tela intentaba disimular los efectos de la gula—. Debéis preparar con urgencia dos habitaciones individuales en los dormitorios de los sacerdotes.

—¿A qué se debe tanto apremio? —interrogó Rudolf, incapaz de contener su deslizante curiosidad.

—El mismísimo arzobispo Ernesto de Wettin, junto con su protegido, el príncipe elector Frank de Magdeburgo, se encuentran en Erfurt y pasarán la noche en el convento.

—¿A qué se debe su visita? —escarbó Rudolf.

—No sabría detallar con precisión, pero cuentan que el príncipe pretende desposarse con una muchacha de Erfurt. El arzobispo lo acompaña para concertar las nupcias.

—Hay algo que no entiendo —reflexionó Rudolf—. Los

gobernantes de los estados que componen el Sacro Imperio lo hacen en calidad de príncipes electores. En nuestro caso, Magdeburgo es gobernado por el arzobispo. Lo que no alcanzo a entender es por qué el distintivo de príncipe elector no lo ostenta el propio arzobispo, y sí, por el contrario, su protegido Frank de Magdeburgo.

El prelado Weissmann se acercó a la entrada, nervioso. Se asomó por la puerta y ojeó ambos lados del claustro.

«¡No hay nadie!»

Cerró con sigilo y bajando la voz...

—Frank de Magdeburgo es hijo ilegítimo del arzobispo Ernesto de Wettin. Durante años lo presentó como su sobrino, pero en cuanto pudo, le delegó el cargo de príncipe elector. De esta manera, se asegura su porvenir a la vez que lo protege con la inmunidad de la que disfrutaban los príncipes.

—Pero siendo príncipe, ¿por qué no casarse con alguien de la nobleza o de la alta aristocracia?

—No creáis que el arzobispo no lo ha intentado, pero al ser un hijo bastardo y no reconocido, el rango de príncipe elector no es hereditario. Las nobles familias que fueron consultadas se negaron en rotundo.

2

La ciudad de Erfurt se hallaba enclavada dentro de los límites del arzobispado de Magdeburgo. Se encontraba al sur del macizo de Harz, y por el este, colindaba con el gran bosque de Turingia, donde se ubicaba el convento de San Agustín.

La noche caía entre ráfagas de aire y presagios de lluvia, no en vano, el viento transportaba aromas húmedos.

Oscar, el hijo del herrero, golpeó varias veces el pomo de hierro de la puerta de madera. Abrigado con un pellote de piel de conejo, el muchacho emanaba nerviosismo. Sentía una mezcla de ilusión y temor. Ilusión porque estaba a punto de pedir en matrimonio la mano de Natalie, su amor desde la

infancia. Y temor por si era rechazado. Siempre fue indeciso respecto a las relaciones. Su mirada vidriosa reflejaba deseo, aunque su mentón apretado esperaba impaciente que alguien abriese la puerta.

Por el camino había repasado, una y otra vez, un discurso preparado.

¡Mácula impresión!

En ese momento sentía que todo se derrumbaba y se iba a quedar en blanco. Un escalofrío le sacudió el cuerpo, pero no estaba seguro si era por la inseguridad que lo invadía o por las ráfagas de viento otoñal que lo hacían tambalear.

Suspirando, observó a su padre, de pie junto a él.

Carlos esbozó una sonrisa y tocó el hombro de su hijo.

—Tranquilizaos. Todo saldrá bien.

Tras unos instantes que parecieron interminables, abrió la puerta el príncipe Frank de Magdeburgo.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó, haciendo a un lado el ancho cinturón que adornaba el surcotte.

Tanto Oscar como Carlos quedaron sorprendidos y trabados. Nunca hubieran imaginado encontrarse cara a cara con el mismísimo príncipe. Del interior de la vivienda emanaban sonidos figurando celebración.

Oscar tragó saliva.

—¿Qué hacéis vos aquí? —preguntó, desconcertado.

El rostro de Frank se terció serio.

—Las preguntas no las hacéis vos —inquirió dictatorial.

—Venimos a pedir la mano de Natalie en matrimonio —se adelantó a decir Carlos.

—Llegáis tarde, herrero —repuso Frank con semblante victorioso—. Ahora festejamos que Natalie ha aceptado desposarse conmigo. Muy pronto ostentará el cargo de princesa de Magdeburgo.

«¡Aceptado desposarse! —pensó Carlos—. Los nobles creen que nos engañan como quieren.»

La ciudad de Erfurt, como Leipzig y Halle an der Salle, pertenecían al arzobispado de Magdeburgo, y, por ende, el

príncipe era dueño y señor de todo cuanto yacía en sus tierras, lo cual imposibilitaba rechazar el matrimonio.

—¿Quién es? —preguntó Natalie, asomándose velada.

La futura princesa contaba con dieciséis años y era hija de un humilde campesino sin recursos. Aun así, a pesar de pertenecer a la clase social más baja dentro del sistema feudal, su enorme belleza había provocado que el príncipe Frank se encaprichara encorajinadamente de ella.

Lucia pelo lacio color negro brillante, tez clara y ojos verde turquesa. Había sido engalanada especialmente para la ocasión por orden del arzobispo Ernesto de Wettin. Vestía una lujosa aljuba abotonada, ceñida a la cintura y bajando en redondo hasta los pies. La prenda ajustada contorneaba su cuerpo esbelto, que, gracias al esfuerzo de labrar la tierra, se presentaba bien esculpido.

—¡Oscar! —pronunció con gesto ahogado. La idea de casarse con quién no había escogido la carcomía por dentro.

Frank le precipitó una mirada desaprobada, pero Natalie no se dio cuenta.

Oscar, por su lado, se mostró lapidario. Las palabras no le salían y el pecho se le oprimía. En su cabeza pasaron a toda prisa los recuerdos de todo el tiempo que había estado cortejándola y agasajándola. Las escapadas nocturnas al bosque de Turingia para bañarse en el río, la puesta de sol desde lo alto del campanario de la catedral, los ramos de flores recogidos en primavera que más tarde depositaba en su puerta, las noches en vela mirando la luz de la luna y pensando en ella. Todo había sido en vano. Sus planes de futuro se desvanecían inexorablemente como los copos de nieve al contacto con el agua.

—¿Qué os sucede? —preguntó Natalie, rellenando el doloroso silencio que se había producido.

Oscar no pudo evitar que la cavidad ocular se le inundara de lágrimas. Todo el nerviosismo de antes de abrir la puerta dio paso a una exasperante angustia de la que deseaba escapar. La miró retrocediendo varios pasos. Ese era uno de

esos momentos en los que quieres desaparecer para siempre, que la tierra te trague o despertar de la pesadilla que te está haciendo sufrir, ¡pero no!, permanecía frente a ella, viéndola deformada por la acción lagrimal y con la terrible sensación de impotencia que produce perder a quien se quiere.

Natalie quedó quieta, como adivinando el porqué. Sus ojos se desplomaron incapaces de soportar el amargo peso de la verdad. Se sintió atrapada en una cárcel imaginaria de la que no podía escapar. Tras ella se alzaba el hombre que la acababa de aprisionar. Frente a ella el hombre al que amaba y al que había de renunciar. ¡Prefería mil veces ser la esposa de un humilde herrero antes que ser princesa!, pero en su mano no estaba el poderlo decidir.

—Vino a pediros la mano en matrimonio. ¡Un simple herrero! —despreció Frank, mostrando su petulante arrogancia.

Natalie apretó los dientes, rabiosa. De buena gana le hubiese soltado un guantazo, pero no pudo por más que callar desgarrando el silencio.

Carlos, avizó a Frank, herido en su dignidad. Enseguida apartó la mirada por temor a represalias. Apreciaba mucho tener su cabeza pegada al cuerpo.

—Marchémonos hijo mío —dispuso Carlos, con semblante aguaitado—. Enhorabuena Natalie. Felicidad a vuestros padres.

Natalie no tuvo fuerzas para responder. Su mirada empañada reflejaba claramente que aquella felicitación se tornaba condena. Negó de forma instintiva, atrapada entre la afilada pena y la arrogante pared principesca.

Oscar montó su caballo. El corazón le temblaba a punto de fracturarse.

«¡Maldito príncipe!»

Padre e hijo se alejaron cabizbajos y silenciosos.

Frank sonrió incisivo. Disfrutaba observando cómo los plebeyos cedían ante cualquier pretensión o capricho suyo. Siempre supo sacarle provecho a ser el protegido del

arzobispo.

Natalie, con cada paso que el caballo de Oscar se alejaba, descendía en su pena, incapaz de controlar pensamientos y sentimientos vigilados en silencio por aristócratas cadenas.

Oscar y Carlos desaparecieron por las calles de Erfurt.

—¡Entremos dentro! —ordenó Frank, agarrándola del brazo.

Natalie sintió repugnancia.

Con un movimiento brusco se soltó y huyó corriendo. Necesitaba llorar sin límite ni retención, escondida en algún lugar.

El príncipe frunció agraviado. No estaba acostumbrado a tales desaires, motivo por el cual se mostró aún más interesado en Natalie. Cualquier capricho que se resistiese resultaba motivo suficiente para obsesionarse y desearlo con más fuerza. Sonrió engreído, sabedor de que la muchacha volvería en algún momento.

3

Los recién nombrados sacerdotes, Müller y Andrius, con la cabeza gacha y los hombros encogidos causa y motivo del frío viento, caminaban a paso ligero, atravesando la plaza del conjunto catedralicio de Erfurt.

El complejo lo constituían dos catedrales enfrentadas paralelas, unidas en su parte central por una imponente fachada de exquisita decoración gótica y repleta de arcos de ojiva tallados. Al cielo, se elevaban vetustas torres despuntando en tres enormes pináculos, y al suelo, las enormes escaleras de acceso al templo presidían la gran plaza, que servía por igual para el mercado y las ejecuciones públicas organizadas por la Inquisición.

Los dos sacerdotes se sobresaltaron levemente; a punto estuvieron de tropezar con dos jinetes. El más joven llamaba la atención por su llanto desgarrado, mientras el mayor, lo consolaba de cerca.

«¡Será su padre!» —pensaron.

Continuaron caminando hasta la posada.

Al abrir la puerta, un vahído calentón les resbaló por la mejilla, lo cual era de agradecer en aquella fría noche. El olor a madera quemada provocaba por asociación un placentero recogimiento. Entraron y se sentaron frente a la flagrante chimenea, mientras desde el exterior, llegaba intermitente el silbido del viento golpeando puertas y ventanas.

—¡Posadero! ¡Servidnos dos pintas! —pidió Müller.

En el fondo de la posada, Samuel y su hijo Jacob, los alfareros de Erfurt, sostenían sus jarras rebosantes de cerveza.

Frente a ellos, tras la barra, se encontraba Marcus Sander, el dueño de la posada. Era alto y recio, de mirada penetrante y abultado bigote.

Se asomó a una puerta interior.

—¡Sara, han llegado clientes!

Mientras Marcus llenaba las jarras, Jacob lanzó un reojo desconfiado.

—Ya han salido del convento los nuevos sacerdotes —masculló con la boca pequeña, para no ser escuchado.

—La Iglesia no inzipira confianza —aseveró Samuel, con su peculiar manera de hablar. El hombre no sabía pronunciar la 'S'. Parsimonioso, deslizó una mirada por encima de su gran nariz—. Hablan de amor y compazión, ze llenan la boca de palabraz bonitaz como zolidariad, perdón y clemencia, pero no lez tiembla el pulzo para decapitar, ahorcar o mandar a la hoguera a loz que acuzan de herejía.

—La purga se les está yendo de las manos —entró en conversación el posadero—. Condenan a muerte a judíos, paganos y a todos los que no siguen sus doctrinas.

—¿Y qué esperabais? —replicó Jacob, manteniendo el tono apagado—. Si hasta se rumorea que el español Rodrigo Borgia accedió al pontificado mediante simonía, comprando numerosos votos cardenalicios, y, una vez alcanzada la silla de San Pedro, con el nombre de Alejandro VI, aumentó el colegio cardenalicio en trece cardenales, nombrados a dedo,

para conservar el papado. ¡Y para colmo se sabe que mantiene relaciones incestuosas con su propia hija, Lucrecia, ¡que a su vez mantiene relaciones sexuales con sus propios hermanos, Rodrigo y Cesar! La Iglesia está corrompida por la usurpa y la lujuria, y lo peor de todo, está alejada de los principios de la fe.

—Precizamente por ezo no inzpiran confianza —dijo Samuel—. Ze cuenta que en Roma el recurso al veneno en el vino para dezhaberze de comenzalez incómodo ez frecuente. Ademáz de zer de lo máz común loz banquetez con abundante comida y laz fieztaz—orgía. ¿Cómo zentir fe en unoz líderez religiozoz que no ziguen zuz propias doctrinaz? ¿Acazo no ez pecado la gula que loz conzume mientraz zuz feligrezez ze mueren de hambre?

Marcus Sander enfiló con la vista a los dos sacerdotes, coincidiendo con lo que Samuel y Jacob argumentaban, pero ese no era el motivo de su intranquilidad. Su mirada desdeñosa rezumaba recelo. Después de dos años de voluntaria austeridad y abstinencia, los nuevos sacerdotes salían resabiados, pervertidos y con muy malos modales. Por lo general, pillaban una gran borrachera la primera noche.

¡Y eso que se les estaba prohibido beber en exceso!

Por la puerta interior accedió Sara Sander, la hija del posadero.

—Buenas noches, Sara —saludó Jacob, meloso—. Vos como siempre andáis hermosa.

—Os lo agradezco. Vos como siempre me observáis bien —respondió sonriente; Jacob siempre la piropeaba.

Sara cogió las jarras y se acercó a la mesa de los clérigos.

—Aquí están sus pintas rebosantes de espuma.

Ambos la fijaron lujuriosos. La hija del posadero contaba con dieciocho años y era muy linda. Tenía el pelo rubio y rizado como caracoles dorados descansando sobre sus generosos pechos. Poseía rasgos finos, cuerpo esbelto y ojos azules. Vestía un brial color pastel, escotado, ceñido a la cintura y hasta las rodillas para poder faenar.

Müller se llenó de pensamientos impuros. Atrapado en el espléndido busto de la muchacha, se imaginó desnudándola, chupándole los pezones y desgarrándole la ropa.

Sara se alejó.

—La carne es débil, pero nuestra fe ha de ser inquebrantable —repuso Andrius, advirtiendo la actitud lasciva de su compañero.

—Lo sé hermano mío. No faltaré a mi promesa de celibato.

Ambos brindaron y bebieron la cerveza de un trago.

—La semana pasada hablé con el abate Rudolf —contó Andrius, soltando la pinta en la mesa—. Pedí ir destinado a la ciudad de Halle an der Saale, donde actualmente se construye la ciudadela de Moritzburg. Cuando esté terminada, será residencia oficial del arzobispo Ernesto de Wettin, y a buen seguro que requerirán del servicio de multitud de sacerdotes. Van a producir su propia cerveza. Halle an der Saale no es una gran ciudad, pero tengo entendido que los lugareños ayudan con devoción a la Iglesia y el trabajo no es muy sacrificado.

—¡Dos pintas más! —solicitó Müller—. Vos como siempre buscando comodidad. A eso se le llama pereza y es un pecado capital. No está bien visto que un siervo del Señor ande escaqueándose del trabajo asignado.

Andrius accedió al convento por propia voluntad. Sabía que la única manera de escapar de la pobreza extrema de su familia era tomar los hábitos. De hecho, nunca ocultó su pretensión de conseguir el máximo haciendo lo mínimo, cosa que le acarreó multitud de reprimendas mientras era novicio. Por otro lado, no tenía grandes pretensiones ni quería escalar en el seno episcopal. Siempre mostró su predilección por ocupar un cargo de poca responsabilidad que le asegurase comida y sustento de por vida.

Sara se acercó pintas en mano.

Ambos sacerdotes guardaron silencio, admirando sus encantos. Agarraron las jarras y bebieron.

De la mesa de la esquina, un hombre solitario se levantó,

soltó una moneda sobre la barra y se marchó.

Sara, trapo en mano, se dispuso a limpiar la mesa. Al inclinarse, los ojos velados de los sacerdotes se hundieron en su vertiginoso canalillo. Por un momento, Andrius olvidó el recriminatorio a su compañero. Müller, por su parte, volvió a quedar aprisionado en sus atributos lactantes, que, gracias a lo ceñido del brial, parecían más prominentes. De forma mecánica, sus recuerdos retrocedieron varios años...

[En una casucha de madera y paja prensada, desvencijada y rumbosa, se escuchó un extraño ruido. Alguien había caído en la entrada. Dentro, el pequeño Müller, de apenas diez años, y su hermana Sophi, de quince, se miraron angustiados.

¡El borracho, violento y autoritario de su padre estaba de vuelta!

—¡Rápido Müller! —urgió Sophi, con voz apagada—. ¡Escondeos tras las balas de paja! ¡Y pase lo que pase, no salgáis!

El pequeño Müller, tembloroso, pincelaba la angustia que provoca el miedo extremo.

—¡Escondeos conmigo, Sophi! —suplicó, sollozando y tirando de la manga del brial.

Otro ruido se escuchó tras la puerta.

Avizoraron sobresaltados.

Por las uniones imperfectas de la madera, penetraban hilos de luz figurando hebras doradas suspendidas al aire. Fuera, conforme intentaba levantarse, se recortaban las hebras adivinando la silueta.

—¡No discutáis y escondeos! —insistió Sophi, propinándole un fuerte empujón.

El muchacho cayó de costado sobre la tierra. Asustado, gateó con rapidez hasta ocultarse tras la paja. Allí se sentó a hurtadillas, quieto y silencioso.

La puerta se abrió, y al trasluz, se dibujó un hombre de casi dos metros, corpulento, pelo estropajoso, barbudo y con evidentes signos de embriaguez.

—¿Dónde estáis, Sophi? —sondeó, balbuceante, apoyado en el marco. La tajada le impedía ver que la tenía delante. Masticó aire meneando la cabeza, lenta y sin sentido.

Sophi guardó silencio. Sabía lo que se le venía encima y sentía una mezcla de impotencia, asco y parálisis.

—¡Sophi! —gritó de nuevo.

—Sí, padre —respondió entrecortada.

Se acercó a trompicones. Cada paso representaba para Sophi el sobrecogimiento de su corazón y una por desgracia conocida contracción en su estómago. Lo miraba asustada con odio reprimido.

El padre se bajó los calzones dejando a la vista su mugrienta y erecta verga. Sophi rechinó los dientes sacudida por arcadas.

—¡Chupádmela como hacía la ramera de vuestra madre!
¡La muy puta nos abandonó!

Sophi vaciló unos segundos, los suficientes para resbalar una mirada a donde su hermanito. Deseaba con todas sus fuerzas que no estuviese observando.

El padre se percató, masticando aire...

—¡Sal de ahí cobarde! —gritó, volteando la paja.

El pequeño Müller quedó al descubierto. Lo trincó del pelo y tiró hasta colocarlo junto a su hermana. Estaba tan petrificado que no podía articular palabra, sólo era capaz de gimotear, asustado.

—¡Cobarde! —porfió, propinándole un fuerte guantazo.

Calló sobre la tierra, llorando dolorido. Los dedos grandes como morcillas le habían marcado la mejilla. Un puntapié en el estómago lo dejó casi sin aliento.

—¡No volváis a escondeos de vuestro padre, maldito enano!

Violentado, se giró a Sophi, que yacía presa del pánico y con actitud lapidaria. Le cruzó la cara de un revés, lanzándola al suelo. Sin tiempo a reaccionar, se tiró encima, desgarrándole por completo el brial. Le chupó los pezones y le forzó el clítoris con manos ásperas y frías. Se escupió en

una mano y se lubricó con incestuosa intención, y la penetró dándole igual la aniquilación y aplastamiento de la dignidad de su hija.

Sin dejar de fornicar, miró al pequeño Müller, y entre espasmos y jadeos, le dijo:

—Las mujeres han de ser dominadas por el hombre. Dios lo decidió así cuando la hizo de una costilla nuestra. No lo olvidéis nunca.

Durante años, la insoportable situación se dilató, propinando palizas a él y violaciones a ella. Y por desgracia, como todo lo que acontece repetido en el tiempo, paulatinamente, la angustia se transformó en indolencia, la desesperación en mesura y la impotencia en apatía. Para el joven Müller, la perpetuidad de la situación fue el concomitante de una inmunidad sentimental y emocional que, reprimida de forma forzosa hasta anularla por completo, provocó no sólo la incapacidad de conmoverse ante el sufrimiento ajeno y un arrechamiento de su carácter, además, de forma creciente y ascendente, se excitaba con cada violación que presenciaba, cosa que le provocaban terribles atriciones que había de reprimir para no volverse loco. Los años pasaban y constantemente lo invadían sentimientos ambivalentes. Odiaba a su padre como autoridad opresora que amenazaba su propia vida, aunque a la vez se sentía impulsado a sometérsele bajo el temor al castigo. Se hallaba henchido de soledad, impotencia y perversidad. Se veía torturado por las dudas, buscando constantemente algo o alguien que le diese seguridad interior y lo aliviara de los tormentos de la incertidumbre. Todo su ser estaba penetrado por el miedo, la duda y el aislamiento íntimo. Se odiaba a sí mismo y a la vida, y con diecisiete años, todo ese compendio de dudas, perversidad y odio reprimido estalló sin remedio...

Müller y Sophi comían sentados a la mesa. La puerta se abrió de un fuerte golpe y ambos respingaron, sobresaltados. Por la abertura penetró su padre, tambaleándose ebrio, con la barba manchada de vino y buscando a Sophi. Ambos

hermanos cruzaron miradas. Los ojos de Sophi, apagados y tristes, se mostraban resignados, pero eso no le impidió advertir una mueca diferente en el rostro de su hermano. Su mirada no era de alicaída resignación, sino que destellaba certeza y convencimiento.

—Hoy no os va a tocar —pronunció el joven Müller, ante la perplejidad de su hermana.

Con disimulo, deslizó la mano derecha hasta alcanzar un gran garrote oculto tras la pata de la mesa. Lo agarró con fuerza fingiendo quietud.

El padre se acercó procurando no caerse.

Se apoyó en la mesa.

—¡Desnudaos! —ordenó a Sophi, masticando aire.

Müller, con la cabeza gacha, aspiró profundo, como pretendiendo coger fuerza. De repente, elevó los ojos hasta alcanzar el molesto rostro de su padre.

—¡Que os desnudéis! —gritó el padre golpeando la mesa.

Fue lo último que dijo.

Un potente garrotazo impactó en el lateral de su cabeza, deformándole el rostro y destrozándole la oreja.

Cayó al suelo.

El joven Müller, anegado en ira, descargó repetidos y violentos garrotazos. Su cara desencajada y sus ojos encolerizados daban rienda suelta a todo su odio, rencor y resentimiento reprimido durante años.

—¡Maldito seáis! ¡Morid! —gritó, completamente abandonado a la locura, incapaz de conmoverse ante el sufrimiento ajeno.

Con cada golpe desgarraba la carne, salpicando sangre.

—¡Parad ya! ¡Está muerto! —pronunció Sophi.

Müller pareció no escucharla. Continuó golpeando la cabeza con saña y encono, observando cómo el cráneo se fracturaba con cada golpe.

Sophi bordeó la mesa y sujetó los brazos de su hermano.

Éste la miró endiablado.

—¡Le habéis dado muerte! ¡Huid de la aldea cuanto antes!

—urgió, quitándole el garrote.

Müller relajó el rostro. Aun así, temblaba empapado de adrenalina. Tragó saliva, observando el cuerpo inerte y desfigurado de su padre, y sin mediar palabra, salió corriendo dispuesto a no volver jamás a la aldea que lo vio nacer.

Después de aquello y durante varios años, anduvo mendigando sin techo ni comida, deambulando de un lado a otro, hurtando y saqueando para subsistir.

Un día, andando oculto por el gran bosque de Turingia, desnutrido y escuchimizado, pudo percibir con sutileza el aroma de la carne asada.

¡La boca se le hizo agua!

«Con hambre no hay pan duro.»

Miró compulsivo a todos lados. Aquel olor acentuó su instinto de supervivencia. Con cautela siguió el rastro.

«¡Carne de ciervo!»

Prosiguió acercándose, ocultándose tras árboles y espesa vegetación. Frente a él, a unos cincuenta metros, se abría un calvete en el bosque. En el centro, un hombre sentado a los pies de una fogata preparaba un pequeño ciervo.

Quiso abordarlo por la espalda, pero lo delató el crujido de las ramas secas bajo sus pies.

—¿¡Quién anda ahí!? —preguntó el desconocido, alzándose en pie.

Müller vaciló unos instantes. Dudó si descubrirse o quedarse oculto, pero la última opción era aún peor que la primera. Emergió de entre la maleza.

—Andaba por el bosque cuando olí el aroma de la carne asada —respondió, sin poder apartar la vista del ciervo sobre las llamas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el desconocido.

—Müller. Me siento hambriento.

—Acercaos —invitó—. Hay suficiente carne para los dos.

El semblante de Müller cambió. No estaba acostumbrado a la condescendencia ni a la solidaridad. Se acercó algo desconfiado.

—Mi nombre es Andrius —se presentó, alargándole la mano—. ¿A dónde os dirigís?

—No poseo rumbo fijo. ¿Y vos?

—Me dirijo al convento de San Agustín para iniciarme.

—¿Sois fiel devoto? —preguntó Müller.

—No mucho. ¡Con lo que Dios dispone y la vida ofrece hay que joderse! Pero el sacerdocio asegura sustento, comida y techo.

A Müller aquellas palabras le sonaron a gloria.

—¿Podría acompañaos al convento? Deseo entrar en la orden.

—De acuerdo. Ambos ingresaremos juntos en los agustinos.]

De vuelta en la posada de Erfurt, observando con fijación el precioso canalillo que formaban los pechos de la muchacha, Müller no pudo evitar sentirse lascivo. En silencio y para sus adentros, decidió que al separarse de Andrius, visitaría el lupanar municipal con carnales intenciones.

Andrius, por su lado, sorbió cerveza, percatándose de lo absorto que se encontraba su compañero.

—También la lujuria es un pecado capital y no por ello os esforzáis en remediarlo —reprochó, intentando ocultar su concupiscencia.

Müller pareció no enterarse. Miraba con perversión las curvas de la muchacha mientras fantaseaba con poseerla violentamente, como su padre a su hermana.

Sara terminó de limpiar la mesa y pasó junto a los clérigos.

Müller la agarró del brazo, apretándola con deseo.

La muchacha tiró con fuerza.

—Hija mía, servidnos dos pintas de cerveza —pronunció fingido.

Ambos sonrieron complacientes. El alcohol empezaba a surtir efecto.

Desde la barra, Marcus les clavó una mirada punzante.

De sopetón los sacerdotes constriñeron amedrentados.

—¿Os están molestando?

—No os preocupéis, padre. Servidme dos pintas —pidió, acercándose a la barra.

—Decidme, hermano, ¿seguís con vuestra vieja idea de viajar a Roma? —preguntó Andrius, mientras Sara depositaba las jarras en la mesa.

—¡Sí! —respondió Müller, acariciando con sus ojos las glándulas mamarias de la muchacha—. No quiero ser un simple sacerdote. He perdido demasiado tiempo y tengo altas aspiraciones.

Müller era muy ambicioso y ansiaba el poder. Su carácter autoritario le impulsaba a partir el mundo en dos: los poderosos y los que carecen de poder. Los fuertes y los débiles. Quería escalar en el seno episcopal y creía que no había mejor manera que la de viajar directamente a Roma. Allí podría codearse con obispos, arzobispos y cardenales, y con un poco de suerte, alcanzar cotas más altas.

La puerta de la posada se abrió y una ráfaga de aire zarandéó las llamas de los juncos prendidos. Entró el abate Rudolf.

—Os estaba buscando hermano Andrius. Vuestra solicitud para la futura ciudadela de Moritzburg, en Halle an der Saale, ha sido aceptada. El prelado Weissmann os hace saber que debéis personaos mañana ante el diácono Ripol, vicario del arzobispo Ernesto de Wettin en Halle an der Saale, mientras duran las obras.

—Pero abate, Halle an der Saale está a un día de camino atravesando el bosque de Turingia. Casi no tendré tiempo.

—Por eso he venido a buscaos en vez de esperaos en el convento. Debéis partir antes de *maitines* o no llegaréis a tiempo.

—Gracias —esgrimió Andrius, levantándose.

—Enhorabuena, hermano —añadió Müller—. Alcanzasteis lo que queríais. Me alegro por vos.

—Si no os importa, regreso con el abate al convento, he de recoger mis pertenencias y partir a Halle an der Saale.

—Adelante —aceptó Müller, sin oposición: podré acudir al lupanar sin dar explicaciones—. Lo primero es lo primero. Dadme un abrazo y dejad que pague las pintas. Vos marchad tranquilos.

—Que Dios os bendiga, hermano Müller. Suerte en Roma.

—Que el Señor sea contigo, hermano Andrius.

Ambos abandonaban la posada.

Müller se acercó a la barra.

El posadero respiró aliviado. El viejo sacerdote había impedido que se emborracharan aún más.

Mientras Müller rebuscaba monedas, Marcus le habló a su hija...

—Sara, salid al establo y dadle las sobras de comida a los cachorros. Estarán hambrientos.

—Sí, padre. Enseguida salgo.

Sopesando una inesperada oportunidad, Müller pagó y salió con perversa intención. En su mente construyó un escenario de lo más plausible.

Rodeó la posada y entró en el establo.

Ya era noche cerrada y el viento soplaba con fuerza.

Se escondió tras el quijote de las caballerizas, pero de pronto, un fuerte golpe lo sobresaltó: el viento blandió una vieja ventana chocando con el marco. Los cerdos, asustados, chillaban sin parar.

Sara apareció con las sobras de comida.

—¿Cómo están mis pequeños? —pronunció, arrodillándose.

Müller se acercó por su espalda, con una rupia de madera entre las manos, y la golpeó fuertemente en la cabeza.

Sara cayó inconsciente sobre la paja.

Müller lanzó una mirada so pena que fuese descubierto.

«¡No me ha visto nadie!»

Soltó la madera y admiró el manjar a su alcance. La vista se le encendió de órdago. Hambriento de sexo, la arrastro tras el quijote y se colocó encima. Le rasgó el brial de un tirón y, con frías y ásperas manos, le frotó los pechos. Hundió la

cabeza entre ellos y le chupó los pezones con ansiedad. Le rompió todo el vestido henchido de inmoralidad, e introdujo una mano en la entrepierna, sintiendo el calor que desprendía el carnoso femenino. Hundió los dedos hasta el final con movimientos cortos y duros. Ávido y sin pudor, se escupió en la otra mano para lubricarse, como hacía su padre. La penetró indecente y sin piedad, una y otra vez, fornicando hasta el espasmo, saciando su perversión.